

EL IMPONER DE LOS CRISTIANOS EN LA VIDA PÚBLICA

Fernando Vidal¹
Profesor de la Universidad Pontificia Comillas

Conferencia en la Comisión de Laicos, Familia y Vida.
Conferencia Episcopal Española, sábado 28 de junio de 2025

Todo lo amado se salva y nuestra participación en la vida pública debemos vivirla desde esa pasión por hacer participar en el amor a toda la vida común de la fraternidad humana. Incluso aunque estemos ante desastres o corrosiones que nos desborden, mantengamos la fe en que todo lo que haya de amor, incluso en medio de tantos males, se salvará.

PRIMERA PARTE. LA CREATIVIDAD DE AMAR, ALABAR Y SERVIR EN LA VIDA PÚBLICA.

Todos y cada uno de los cristianos, todas y cada una de nuestras comunidades, tenemos la responsabilidad inexcusable de ser constructores en la vida pública sin exclusión de ninguna de sus dimensiones, sean económicas, culturales, políticas, ecológicas, espirituales, vecinales, etc. Si algunas veces nos creemos separables de este ineludible compromiso es porque la gran desvinculación social que el neoliberalismo ha impuesto, nos ha hecho perder la experiencia de pueblo. El abandono al que han sometido a la gente común los enormes poderes económicos, los conglomerados mediáticos y muchas veces la política, hace que también la gente abandone la vida pública en sus diferentes esferas. Pero es una trampa, nunca debemos abandonar la plaza: ahí fuimos enviados desde Pentecostés.

1. *La hora del amor.*

Las asperezas de la vida política, la superficialidad de los medios de comunicación, las extremas cadenas de poder económico o la complejidad del sistema global pueden retraernos de la participación pública, pero la alianza que Dios ha forjado con nosotros es a la vez personal y como pueblo, y ese carácter de constructores de la Casa Común no debe ser abandonado en ninguna circunstancia, y menos todavía cuando nuestro mundo está en llamas.

En el actual contexto que sufre el mundo, nuestro compromiso en la vida pública adquiere un valor urgente y decisivo. ¿Qué capacidades de transformación podría tener una organización como la Iglesia católica que tiene en España 26 millones de personas que se declaran católicas, 13 millones a los que reúne cada semana, 23 mil parroquias, 2.500 escuelas, 8.800 centros sociales, 6 millones de jóvenes católicos y 3 millones de jóvenes cristianos practicantes? No hay organización que ni de muy lejos posea esas magnitudes y eso entraña una responsabilidad de las mismas proporciones. En virtud de ser la mayor realidad de la sociedad civil, sus capacidades y responsabilidades son inmensas no solo como cuerpo social, sino a través de cada uno de los católicos.

Estamos en un cambio de época. El cambio que la inteligencia artificial imprime en el modo de desarrollo económico en una estructura de desigualdad tan extrema será una transformación de enormes consecuencias. Las amenazas autoritarias contra la democracia, la violación sistemática del Derecho Internacional, la impunidad de los crímenes contra la Humanidad o la pérdida de la razón pública, nos hablan del final de ciclo de la civilización de los Derechos Humanos y el agotamiento de la Modernidad tal como la hemos conocido. Estamos viviendo con enorme dolor

¹ Fernando Vidal es profesor de Sociología en la Universidad Pontificia Comillas. Su último libro es "Activistas de lo eterno: 101 oraciones con el Papa Francisco". Podemos conversar en Twitter @fervidal31

un tiempo de destrucción y, como San Agustín, nos hallamos con la inapelable responsabilidad de emprender la recivilización. Como nos ha convocado nuestro papá León XIV, para los cristianos en la vida pública es «la hora del amor».

2. Luminarias de esperanza.

Podemos sentir la fuerza y poderes del mal, la mentira y el horror; podemos sentir impotencia y la dificultad de cambiar el mundo, incluso el que nos rodea, pero cada vez que hacemos algo, incluso algo muy pequeño, estamos creando y hasta la más simple candela es capaz romper toda la oscuridad. No hay negrura que no retroceda ante incluso la llama más modesta. Quizás no podemos cambiar todo el mundo, pero podemos cambiar todo su mundo a una persona que sufra la pobreza, la desolación o la soledad. Como Pedro intentando caminar sobre el mar, con el puro poder y voluntarismo no logramos nada hondo ni duradero, pero de la mano del Señor todo se puede caminar, incluso aunque todo nuestro alrededor se haga líquido o nos encontrremos sobre brasas ardientes. El Espíritu nos saca de nuestros escondites y refugios para llevarnos a la plaza y allí hablar con tanto corazón que todas las gentes de todas las lenguas, estilos de vida o ideologías, entiendan la belleza de la Palabra de Dios. No nos lleva a encerrarnos en una habitación de la Torre de Babel, a quedarnos rodeando la ciudad como en Jericó ni a intentar asediar a la gente como en Masadá, sino a crear con el cálido y luminoso fuego del Espíritu con todos desde el corazón de cada plaza.

Con el Amor de Dios, podemos recrear nuestra vida vecinal, las aldeas y ciudades, la política de los parlamentos, podemos recivilizar porque la Luz de Cristo resucitado nunca se rompe. En Él, todo lo amado se salva. ¿Qué queda por amar? ¿Qué podemos y debemos mirar, oír, tocar con amor en el mundo para redimirlo?

Cuando los problemas crecen, debemos fundamentarnos a mayor profundidad. Providencialmente, este contexto mundial de indecencia, destrucción y muerte coincide con la llamada de la Iglesia universal a ser *Peregrinos de la Esperanza*, a que nadie se rinda ante la impotencia, a que confiemos que la historia no está terminada, sino abierta y que cada uno de nosotros podemos ser sus creadores. Es una llamada a que cada cristiano sea una luminaria de esperanza en cada calle y plaza de la vida pública.

Nunca dudemos de que el bien es más profundo que el mal, la belleza se eleva más alto que el horror y la verdad siempre llega más lejos que cualquier mentira. Para responder a la crisis de civilización que sufrimos, vamos a tener que ser mucho mejores de lo que nos imaginábamos y enraizarnos mucho más allá en la profundidad, altura y horizonte de Dios. Pese a los desánimos e impotencias, sabemos que todo lo amado se salva. ¿Quién quiere, quién puede, quien debe amar un poco más e incluso amar en todo? Si al cristiano el mundo le pide poco, no da nada, pero si el Espíritu le pide mucho lo da todo y aun más.

3. Dar amor a manos llenas.

La experiencia de la *Contemplación para alcanzar amor* que se vive en la cuarta semana de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, es crucial para comprender con plenitud cómo el amor transforma todas las cosas y en qué modo en todas las cosas nos encontramos y abrazamos a Dios. Amar en la vida pública no es un ejercicio de ansioso activismo, sino que ya nuestro simple vivir es crear: el modo como miramos, conversamos o habitamos está ya creando un modo de vida pública. Si no creamos, destruimos. Nuestra pasividad nunca es neutral, sino que deteriora. Quien no camina hacia adelante, hace que el mundo vaya para atrás. Lo que no hacemos crecer, decrece. No se trata de sobrecargarnos, sino que simplemente amar ya es creativo. Simplemente hay que vivir sabiendo y saber vivir. Como escribió Santa Teresa de Jesús,

«el amor nunca está ocioso», ni siquiera cuando descansamos o soñamos. Dejemos que nuestro amor riegue, refresque y nutra la vida pública.

La *Contemplación para alcanzar amor* nos invita a vivir la experiencia de que el Reino es ya. La eternidad es ya, no puede estancarse a un antes y después del tiempo, no es un más allá, sino que el interior de cada instante desborda amor eterno. El tiempo es un modo de relacionarnos con la eternidad. El amor es la última y primera estructura del universo y nosotros, como nos dijo Benedicto XVI en Sidney, «cuando amamos, somos más plenamente nosotros mismos, más plenamente humanos... Hemos sido hechos para amar» (Viaje apostólico a Australia, 18 de julio de 2008). Escribía Teresa de Jesús en *Las fundaciones* que «todas las almas son para amar» (Capítulo 5,2). Dios puso en nuestro barro el don inmerecido e inmenso de poder elegir a amar, de cooperar con Él en la redención de todas las almas y todas las cosas.

Todo lo amado se salva. El ser humano no inventó el amor, sino que el amor es primero de Dios, Dios es Amor, pero ese amor es el aliento que nos da la vida y constituye, y tenemos el casi increíble don de poder regalarlo a manos llenas, sin límite, de poder multiplicarlo en las cosas más sencillas y en los momentos más extraordinarios; como los panes y los peces que aquellas sencillas manos ofrecieron a Jesús.

Al inicio de los Ejercicios Espirituales entramos en la vivencia de que el hombre está hecho para *alabar y servir a Dios*. Nuestra misión edénica de poner nombre a las cosas — alabar en las cosas la Palabra de Dios— y cuidar el Jardín, nunca fue cancelada. Dios nos ha dado el sagrado don creativo de transformar la vida pública en una gran alabanza: hallar el canto interior de cada calle, cada institución — un museo, un tribunal, una escuela—, de cada profesión — el más hondo cantar de la arquitectura para la humanidad, la medicina, la secretaría de una administración, la limpieza de nuestros parques—, de cada árbol que plantamos en la ciudad, de los preciosos linceos que salvamos de la extinción. Quizás lo que nos falta es encontrar el canto perdido del pueblo, ése que subyace en los anhelos de la gente por vivir en paz y prosperidad. ¿Quién cantará la alabanza que como pueblo no sabemos cantar? Esa alabanza honra cada creación. Es alabanza interpretar decentemente la ley grabada en el corazón del pueblo. Es alabanza a ayudar por amor y con amor a que todo de lo mejor y mayor de sí. Como exclamaba Teresa de Jesús, «solo el amor es el que da el valor a todas las cosas» (*Exclamaciones del alma a Dios*, nº5).

¡Qué inmensa misión dar amor a manos llenas! ¡Qué gran responsabilidad y creatividad tener las manos tan llenas de amor! ¿Quién no lo tiene para dar, quién ignora todavía que el amor que sale de sus manos al servir es infinito? No se multiplica porque seamos muy listos, porque tengamos complejos planes o hagamos enormes esfuerzos, sino que simplemente hay que dejar el corazón latir, mirar a los ojos al prójimo, y abrazar y servir. ¿Quién se podría guardar tanto caudal de amor solo para sí, los suyos o su grupo? Hay que hacer mucho esfuerzo para que el amor quede contenido en los muros del yo o el pequeño nosotros.

4. Del poder al *impoder*.

¿Y qué no es capaz de lograr el amor? Lo último y más hondo del corazón de cada persona y el corazón de nuestro mundo solo puede ser movido por el amor. Allí no llegan el poder, la violencia carece de soberanía el dinero, sino que esa hondura la puede alcanzar el amor. Por eso cuanto mayor es el sufrimiento del mundo y más obstruidos están los caminos de la justicia, más al fondo del corazón del mundo debemos descender para abrazarlo y desatascarlo para que corra el natural manantial del Agua Viva. La oración personal y la plegaria como pueblo es la vía de más hondo descenso a la raíz de todas las cosas y de nuestro mundo. La oración es la acción más

transformadora de la historia, y no es su fin la emoción ni el contento, sino la unión al amor transformador de Dios.

En cada cosa que pongamos amor — nuestra vida vecinal, el trabajo o el estudio, nuestras opiniones en redes sociales o la animación en una asociación, etc.— la unimos a la Salvación. Cada cosa que amemos se une por ese amor — el único amor, que es de Dios y es Dios— a la resurrección. La resurrección es el amor de Dios siendo más fuerte que la muerte, nos ha hecho más fuertes que la muerte porque somos seres de amor.

Nos unimos como hermanos a Cristo para participar en la Trinidad y multiplicar sin límite el amor en nuestro mundo. Molemos el grano, prensamos la uva, ponemos la mesa y la Eucaristía está siendo ya. Lo que en la eucaristía hay de puro amor, es ya Banquete del Reino. Llevamos todas las cosas a esa mesa del Banquete que Cristo comenzó con su Pasión, construimos piedra a piedra la Ciudad de Dios, unimos todas las cosas de la naturaleza y la civilización al Cántico de las Criaturas — del que celebramos este año 2025 el octavo centenario desde que san Francisco de Asís lo entonó—. Y si nosotros callásemos, hasta las piedras, como dijo Jesús al subir a Jerusalén, romperían a cantar la gloria del amor de Dios.

Ahora, conscientes de nuestras manos llenas de amor para dar, miremos al mundo en llamas: Gaza, Ucrania, Estados Unidos, Sudán, El Salvador, Irán, las soledades de nuestras ciudades, las parejas de novios sin vivienda para fundar su hogar, las ciudades invisibles que —denuncia el cardenal José Cobo— hay dentro de cada ciudad. ¡Cuánto dolor por sanar, tristeza que consolar y violencia que parar! También cuánto bueno por alabar, cuánta verdad por cantar, cuánta belleza por bendecir. Y cada vez que señalamos al bien, se enciende incandescente y hace retroceder las sombras del mal.

Y en este mundo, en esta vida del pueblo humano, como siempre nos decía el hermano Roger de Taizé, *Dios solo puede amar*. Y nosotros, para unirlo todo a Dios, solo podemos hacerlo con amor. No solo podemos amar, pero solo cuando amamos somos lo que somos de verdad. Solo el amor es real, la mentira es una ficción. Solo cuando amamos somos originales, cuando pecamos somos malas copias del mal. Hacer el mal siempre nos sale mal, solo sabemos hacer bien el bien.

La creatividad humana y la participación cristiana en la vida pública, nuestras capacidades y potencias, no son del orden del poder mundial, sino que lo propio y original del hombre es el *impoder*. El *impoder* es aquello que solo con amor se puede hacer; lo que solo la paz, la alegría, la confianza o la esperanza hacen posible y ninguna otra potencia ni recurso ni artificio podrían conseguir. La singularidad del cristiano es el ejercicio del *impoder* en la vida pública. No es buenismo, no es candor ni ingenuidad, sino el carácter práctico y transformador del más hondo. Cantar de todos los cantares cuando nos revela que el amor es siempre más fuerte que la muerte. Creámoslo: siempre lo más práctico es amar. Y lo único realmente eficaz.

5. La fuerza transformadora de la alabanza.

También en la vida pública estamos hechos para alabar y servir al amor de Dios. En la alabanza participan la consolación del pueblo, la creación de belleza, el reconocimiento de los ignorados y la gratitud; la alabanza nos lleva a la aventura y el asombro. Habitar, mirar, caminar y conversar, encontrarnos y dialogar, o unirnos en una vigilia contra la impunidad de la muerte en Gaza o soñar juntos, forman todos parte de la dimensión de la alabanza. ¿Alabamos con el canto del amor en la vida pública? ¿Qué persona recién migrada a nuestro país aún no ha escuchado pronunciar su nombre? Ahí falta la alabanza. ¿Qué persona envuelta en ira espera ser abrazada y pacificada? Ahí espera la alabanza.

Alabar es un modo muy transformador de servir. Y servir es también alabar. Como nos decía Santa Teresa de Jesús, estamos llamados a ser a la vez Marta y María: escuchar a los pies de quien está en la calle o preso es también servir, y poner la mesa y sillas para compartir juntos la comensalidad es también alabar. Dar pan es alabar y bendecir el pan es también servir. Lo sabe bien cualquiera que recuerde a su madre o su padre sirviendo la mesa cuando éramos niños: hoy seguimos agradeciendo que nos sirvieran lo esencial, pero hoy también se ha convertido en un acto de alabanza y poema al mayor amor.

Alabar es servir y servir es alabar. Quizás ésta sea la clave de los cristianos y la vida pública de nuestro siglo, que llama a la integración de las dimensiones de las políticas de vida y políticas de sentido. Nadie debe ni puede permanecer ajeno a esa misión. No ser no es una opción. Todo servicio al pueblo y especialmente a los pobres y sufrientes es alabanza a Dios cantada con el lenguaje de hechos, como Cristo lavando los pies. El papá Francisco llevado en su sencilla caja final a los pies de los más pobres de Roma —presos, personas sin hogar, refugiados, personas prostituidas— fue no solo su último servicio a la causa de los pobres del mundo, sino también su última alabanza a Jesucristo, que ahí era ellos. El último acto del papá Francisco, que tantas veces lavo en Pascua los pies de las personas encarceladas, fue besar otra vez sus pies. Servir y alabar a Dios se trenzan en cada acción de los cristianos en la vida pública.

6. ¡La imaginación al impoder!

En la misión de amar y redimir la vida del pueblo no hay labor pequeña ni instante inapreciable. No hay vida lo suficientemente retirada para que sea ajena al compromiso de ser obreros de la Ciudad de Dios, constructores de lo que san Pablo VI llamó, en la Navidad de 1975, la *Civilización del Amor*, o san Juan Pablo II tantas veces señaló como la *Cultura de la Vida*. Todos y cada uno somos responsables. Como escribió nuestro muy querido Ernesto Cardenal desde Nicaragua, «todo lo que no sea amar, es perder el tiempo» (*Vida en el amor*).

¿No sentís que desde el corazón de Cristo en cruz y resucitado podemos irradiar su luz y paz a todas partes; que donde hay rencor, trampas, oscuridad u olvido, el fondo de cada alma anhela su Amor? El problema es que en la vida pública muchas veces no sabemos lo que necesitamos ni sabemos pedir lo esencial. Los cristianos en la vida pública necesitamos unirnos en lo esencial porque es lo esencial lo que hoy está amenazado.

¿No sentís que con la creatividad inmensa de Dios Creador podemos imaginar alternativas capaces de parar guerras e impedir la destrucción? ¿Con el amor de Dios a manos llenas somos capaces de defender la vida allí donde está más en riesgo, dar hogar a quienes duermen en las calles, encauzar la inteligencia artificial para que sea un bien común para la equidad y el progreso, suscitar vocaciones de puro servicio en la política o los sindicatos, hacer cumplir la ley de la justicia que cada uno y el pueblo entero llevamos grabada en el corazón?

Y todo comienza en el corazón de cada cosa, cada persona y cada vínculo. Como decía con gran alegría entre los abandonados el buen san Vicente de Paúl: *el amor es inventivo hasta el infinito* (*Exhortación a un hermano moribundo*). Es urgente hallar alternativas a la escalada armamentística, al modelo vigente de partidos políticos, a la creciente demanda de energía, a la urgente conciliación de trabajo y familia. Nos falta experimentar de forma mucho más activa, inteligente y eficaz la dimensión imaginativa, creativa e inventiva del amor. A los cristianos se nos relaciona fácilmente con el amor, pero no tanto con la inteligencia y la creatividad, la imaginación política o la invención de soluciones eficaces. Quien no es imaginativo, desaprovecha las fuerzas creativas del amor. Jesús fue un innovador revolucionario en lo mayor y también en las más pequeñas cosas; a cada paso desbordó imaginación, emprendimiento e inventiva. ¿Se

corresponde con lo que solemos atribuir al cristiano común en la vida pública? La contribución de los cristianos en la vida pública tiene todavía muchísimo margen de mejora, apenas hemos comenzado a compartir todos los dones que el amor puede desplegar. Y todo comienza abrazándonos con Dios en el corazón de cada cosa y en el corazón del pueblo.

En los umbrales de la Segunda Guerra mundial que rompería los cuerpos, corazones y razón de la humanidad, santa Edith Stein escribió dos años antes de ser deportada a Auschwitz: «hoy vivimos en una época que necesita con urgencia de la renovación que surge de las fuentes escondidas de las almas Unidas con Dios», y nos recuerda aquella iluminación que alcanzó santa Teresa: «entendí cómo estaba el señor en todas las cosas». Su admirado Ignacio de Loyola lo había escrito unos años antes: «en todo amar y servir». Y eso es lo que los cristianos en la vida pública sabemos, podemos, debemos y queremos hacer: *en todo amar, alabar y servir*.

Tenemos que ser lo que somos: familiares, vecinos, consumidores, trabajadores, ciudadanos, habitantes de la Tierra. No es posible dejar de serlo. Eres buen o mal vecino, etc., pero no serlo no es una opción. Hasta los monjes trapenses que martirizaron Argelia nos enseñaron lo buenos vecinos que eran; tanto que no abandonaron el lugar porque eran la rama donde las aves podían posar. Nuestra misión en la vida pública no tiene límites porque nuestra incidencia personal y familiar en el mundo está continuamente dándole forma. No ser no es una opción. El señor nos ha hecho a cada uno administrador de los bienes públicos, los bienes comunes, y debemos cuidarlos y multiplicarlos por amor, y, como dice la parábola, por nuestro fruto seremos examinados.

SEGUNDA PARTE: CINCO LÍNEAS PARA UNIRNOS EN LO ESENCIAL EN LA VIDA PÚBLICA.

El mundo necesita que los cristianos activemos nuestra creatividad y pongamos corazón y razón donde hay vacío y destrucción. Sintamos más que nunca la responsabilidad y pasión de amarlo y dignificarlo todo. Y muy especialmente en las siguientes cinco líneas transversales y esenciales.

1. La renaturalización

Quizás el mayor problema que se halla en la raíz de nuestra crisis civilizatoria sea la ruptura de la unión con la naturaleza y la desconexión con la realidad que el papá Francisco denunció en su gran encíclica *Fratelli tutti*. Efectivamente, la Ecología Integral nos ha hecho tomar mayor conciencia de que el ser humano no solo ha depredado ilimitadamente los bienes naturales, sino que previamente operó una separación artificiosa respecto a la propia naturaleza. Los pueblos que no han imprimido esa división con la naturaleza han mantenido concepciones más integrales.

La separación de la naturaleza no es solo la indiferencia respecto a la vida de la fauna, la vegetación y la diversidad de hábitats, sino también es extrañamiento del propio cuerpo y de la carnalidad y existencia del prójimo. Nuestras ciudades han sido construidas desterrando la vida natural, hemos asfaltado sobre la vida y los ríos, cementado sobre la tierra en la que sentíamos el latido del planeta. Y esa creación de un entorno artificial, intensificado hoy por la inmersión en mundos virtuales, nos ha dividido interiormente respecto a uno mismo, el otro, el pueblo humano, los animales y plantas, la vida de este planeta, el universo y el mismo Dios que está en todas las cosas.

«*Sed reales*», pedía Jon Sobrino a todos los cristianos que vivimos en países ricos desde El Salvador martirizado por la pobreza y la tiranía. Quizás la primera medida transversal que todos los cristianos deberíamos impulsar en la vida pública sea la reconexión con la naturaleza y la realidad para que se desinfle las controversias artificiosas, para que las preocupaciones públicas

reorganicen sus prioridades de modo que estén en el centro las cuestiones donde se juega la vida y la muerte, para que la medida de las cosas no sean los discursos sino los hechos reales y evaluables. Reconnectar con la naturaleza de nuestro cuerpo nos redescubre los dones de nuestras edades y nuestros sexos, las dimensiones físicas y espirituales de la salud. Renaturalizar es cuidar, renaturalizarnos es cuidarnos de verdad y cuidar la verdad.

La renaturalización consiste en volver a convivir en nuestras ciudades con la fauna y la vegetación en libertad y no solo ajardinada y domesticada; es devolver las dinámicas libres a la naturaleza en los espacios que habíamos desertizado con acero y cristal, cemento y asfalto. Implica también la recuperación del hombre en su naturaleza, que se expresa plenamente cuando es pacífica y cooperativa. El desarrollo comunitario de nuestros barrios va unido hoy necesariamente a la renaturalización, y las parroquias pueden jugar un papel creativo y decisivo en esa recuperación.

¿Podría nuestra parroquia organizar con otros la renaturalización de solares abandonados, cunetas descuidadas, sitios de nuestro entorno que podrían florecer? ¿Puede nuestra parroquia crear nidos para aves o murciélagos? ¿Crear un pequeño estanque para que beban los animales? Cada uno de esos pequeños oasis tiene capacidad para recrear el espíritu del cuidado de la gente. La renaturalización comienza en nuestro propio hogar y en nuestros centros de trabajo o estudio. Existen numerosas buenas prácticas que pueden inspirarnos a hacer algo, que por muy pequeño que sea, es capaz de llamar y multiplicar la vida.

La renaturalización evoca la ley escrita en el corazón de la Creación, del pueblo y de cada uno de nosotros, para que recuperemos una unión más profunda, respetuosa y comprometida con la vida desde su concepción hasta su final. La renaturalización es una fuente pedagógica y transformadora para cultivar la *Cultura de la Vida*.

La renaturalización es una experiencia práctica, espiritual y tangible de la revitalización que tiene sus raíces en la Creación. Renaturalizar es alabar, forma parte del franciscano *Cántico de las Criaturas*, pero también es un muy útil, creativo e inspirador servicio a la regeneración del barrio y la ciudad, su cuidado y sus vínculos. Es llamada a rehumanizar también la sociedad vaciada. La naturaleza recuperada llama al amor y el cuidado de todos y cada uno. A eso se dirige la segunda transversal para que los cristianos nos unamos en lo esencial para la vida pública.

2. La gran revinculación

Renaturalización implica restaurar los vínculos perdidos y la desconexión con los demás. La naturaleza humana es social y el abandono de los otros en la soledad nos deshumaniza. Es imprescindible que la Iglesia convoquemos e impulsemos un gran movimiento mundial de revinculación.

Desde comienzos de la década de 1980 el neoliberalismo implementó un nuevo patrón relacional en el que reducía las responsabilidades respecto a los trabajadores, sus proveedores y hasta los consumidores. Las relaciones precarias del neoliberalismo se extendieron al mismo ritmo que la globalización y fueron penetrando en todas las sociedades y dando forma no solo a las relaciones económicas, sino a la sociabilidad básica de la ciudadanía y al tejido comunitario. No es que la familia haya sido diana preferente de la desvinculación, sino que la precarización de los vínculos ha sido inyectada en todos los lazos de carácter comunitario, ya sea vecinal, amical, familiar o entre compañeros de trabajo. La emergencia de una soledad padecida por el 20% de la población occidental es uno de los signos que más delatan la destrucción de relaciones sociales. La reserva de relaciones está a mínimos. La crisis que padecen las parroquias es fundamentalmente una

crisis relacional. Un mundo que pierde pueblo se hace extraño a la lógica popular y asamblearia de las parroquias, que son inherentemente hogar de todos.

La gran desvinculación tiene su origen en la gran segmentación que ha producido la verticalización de la estratificación social, la exagerada desigualdad económica entre clases sociales y países. En algunas de nuestras ciudades hay calles entre cuyas aceras hay diferencias económicas mayores que entre Europa y África. Nunca en la historia hubo tanta desigualdad entre los más ricos y la media del ciudadano común; ya no digamos respecto a los pobres. Los beneficios que en los últimos diez años han sumado las fortunas de los tres mil bimillonarios del mundo podrían acabar 23 veces con toda la pobreza del planeta Tierra. Esta desigualdad económica ha dado forma no solamente al sistema productivo, sino también a los Estados de bienestar y a nuestras ciudades, cada vez más segregadas. La convivencia es menos plural entre clases sociales, comparten menos lugares comunes, circulan por circuitos distintos y, por lo tanto, carecen de experiencia de pueblo común y crecen las divisiones entre ellas.

La desigualdad extrema a la que ha sido sometida la población mundial y cada una de nuestras ciudades ha producido la gran polarización económica. Esa primera polarización ha producido otra polarización de carácter social cuando ha roto los vínculos no solamente entre las personas en sus espacios comunitarios y de proximidad, sino separando segmentos de la sociedad según clase social, presuntas razas, ideología, religión, etc. Y esa polarización económica y social, ha provocado una polarización cultural que ha conducido a la polarización política que caracteriza a nuestro tiempo. En su origen está ruptura relacional. Y esas rupturas alcanzan su expresión más dramática en el seno de las parejas y familias, y a veces incluso en el seno materno entre la madre y su criatura...

Las parroquias cuentan con múltiples recursos para emprender la gran revinculación. A veces es tan sencillo como poner un banco a la puerta de la iglesia y ofrecer simplemente conversación. Salir al encuentro de la gente, suscitar la conversación con todos sobre las cosas de la vida, hacer mucha más vida de calle para compartir la cotidianeidad y dar lugar para hablar de lo verdaderamente importante, son las prácticas más simples que se nos puedan ocurrir y también las más urgentes y esenciales. El mero gesto de estar disponible y acoger desprovistos de intenciones de dominación o proselitismo, entraña un gran valor para nuestros vecinos.

Quizás simplemente necesitamos volver a juntar a la gente, crear lugares de encuentro y celebración de las cosas de la vida. La parroquia siempre fue mucho más que un recinto para orar, sino la gran casa de la vida de cada lugar.

Faltan lugares para relacionarnos y lugares para reflexionar. Una encuesta realizada por la Cátedra Amoris Laetitia tras la pandemia reveló que más de un 70% de la población quería cambiar su modo de vida porque habían experimentado valores como la solidaridad, la vulnerabilidad, el cuidado, habíamos tomado conciencia de la frivolidad en que está inmersa nuestra cultura, la adoración a una cultura hipercapitalista del trabajo, etc. El problema no era la intención de cambio de las personas, sino dónde podían procesar esa transformación. Nuestra sociedad carece de lugares de reflexión y acompañamiento de procesos de cambio profundo. ¿Dónde siquiera pudo el conjunto del barrio procesar el duelo por las pérdidas y el trauma que supuso la pandemia? ¿Podían nuestras parroquias haber ofrecido esos lugares y oportunidades? ¿Qué capacidad de transformación hubiera tenido de nuestros barrios e incluso de nuestra sociedad?

Quizás simplemente tendríamos que darle forma a toda la infraestructura parroquial para que ser capaces de realizar aquello que nos pedía el Papa Benedicto XVI en su peregrinación a Santiago de Compostela: abrir *diálogos de vida corazón a corazón*. Abrir lugares de vinculación

cordial y conversación espiritual en los que sean posibles esos *diálogos de vida corazón a corazón* cambiaría el tono y las capacidades de cualquier vecindario. Y con frecuencia eso solo necesita que la gente sienta un lugar de acogida, espíritu de encuentro y un tiempo consagrado al otro sin más intención y delicadeza que servir y alabar.

Pero esa gran revinculación y apertura de lugares de reflexión sabemos que no solo podrían ser capaces de regenerar la sociabilidad y vida espiritual de nuestros barrios, sino que son muy necesarios en los centros de trabajo y estudio, en los colegios profesionales, en las asociaciones y medios de comunicación, o, por supuesto, en la política. La gran desvinculación social es el proceso más corrosivo de las democracias, de modo que disuelve incluso el sentido de vida pública. Hacia ello se dirige la tercera transversal esencial.

3. Democracia sinodal

En este siglo XXI, la iglesia católica está demostrando alrededor de todo el planeta que es la mayor defensora global de la democracia. En situaciones extremas en Asia, África, Europa del Este o Latinoamérica está jugándose la vida a favor de la democracia de las libertades y los Derechos Humanos. En lugares de virulentos abusos policiales —como se sufre la comunidad latina en Estados Unidos—, la Iglesia católica está siendo el mayor soporte de solidaridad y defensa jurídica. Si bien muchas veces se establece una contradicción entre Iglesia y democracia, lo cierto es que en la práctica, la Iglesia católica es en el siglo XXI su mayor baluarte.

Pero es cierto también que las democracias liberales han mostrado insuficiencias que no han logrado evitar suficientemente el exacerbado crecimiento de las desigualdades económicas, no han garantizado la cohesión social que evite la segregación, no han conseguido formar vitalmente en valores prioritarios y profundos, ni dar cauce ni respuesta eficaz para el abandono que sienten muchos ciudadanos que se han visto tentados de apoyar fuerzas fundamentalistas y de destrucción.

La compleja historia de la Iglesia a lo largo de dos milenios nos da muchas razones para no dar lecciones a nadie sobre democracia, pero también otras muchas razones para mostrar que muchos de los mayores creadores y defensores de democracia a lo ancho y largo del planeta han sido cristianos tan radicalmente comprometidos con las libertades y derechos fundamentales, que incluso han dado su vida por ello.

Quizás no sea casualidad que el principal proceso de transformación eclesial que vivimos sea también un caudal de inspiración para la profundización de la democracia en el mundo. Nos referimos a la sinodalidad.

Las soluciones que responden a las amenazas del modelo liberal de democracia señalan en la dirección de la democracia deliberativa, la democracia participativa, la democracia de clases medias, la microdemocracia, la democracia de redes locales, democracia comunitaria, etc. Los desarrollos de principios y buenas prácticas de sinodalidad en la iglesia local, diocesana y universal, no solo crean una mayor comunión eclesial, sino que pueden inspirar y alimentar desde lo profundo una transformación en el tejido interno de las democracias.

La sinodalidad, que es caminar juntos hermanados con Cristo, tiene un eje vertical y otro horizontal formando una cruz. En el eje vertical el discernimiento y la toma de decisiones no solo reduce distancias con el centro del pueblo de Dios, sino que sucede lo más próximo a él. Esto supone acercamiento, transparencia, participación, deliberación, también rendimiento de cuentas de los bienes comunes, creación de la mayor unión de ánimos posible en los caminos tomados, convocar a la mayor involucración de todos, integrar una gran diversidad de ministerios

y diaconados, etc. Perpendicularmente, en el eje horizontal de la sinodalidad nos encontramos la gran pluralidad y relaciones en el pueblo de Dios, que no solamente obedece a la legítima diversidad, sino que también está afectado por las divisiones que la sociedad impone en los ámbitos económico, social, cultural, pretendidamente racial, político, y todas las periferias sociales y existenciales que marginan y dividen. En la sinodalidad horizontal se trata por un lado de unir poliérdicamente la legítima diversidad, y por otro lado superar las divisiones de clase, pretendida raza, origen, ideología, y muy especialmente aquellas exclusiones que causan pobreza y sufrimiento.

¿Acaso no son estos dos ejes sinodales los que también las democracias necesitan unir para relegitimarse? Por un lado, una democracia más transparente que desarrolle un alto grado de participación social y la máxima calidad de discernimiento público. Por otro lado, la reducción cualitativa de las desigualdades y mecanismos divisivos de explotación, dominación, alienación, exclusión y abandono de las personas, sus comunidades y los pueblos. Cuanto más se desarrolle la Iglesia sinodal, más experiencias y sabiduría se podrá transferir para la profundización de la democracia y la justicia. Es algo que podemos comunicar en nuestras vidas ordinarias en los diferentes procesos en qué participamos dentro de nuestros lugares de vida. La redemocratización no es algo que suceda solo en las altas instituciones políticas, sino que se realiza desde abajo hacia arriba, desde los ámbitos más cotidianos y comunes de las familias, el vecindario, las asociaciones y los lugares de trabajo y estudio.

Finalmente, señalemos que las disposiciones para vivir en democracia dependen de los hábitos del corazón. El Estado por sí mismo no genera demócratas, sino que las actitudes y aptitudes para convivir en democracia se educan y forman en la comunidad, y, por tanto, los cristianos podemos ser clave para la formación de demócratas en nuestras familias y comunidades. Esos hábitos del corazón no se adquieren solamente por creencias o valores, sino que su contemplación e interiorización dependen del ámbito de la belleza. Hacia ello va la cuarta transversal para hacer avanzar dimensiones esenciales de la vida pública.

4. El arte de la esperanza

Con frecuencia cuando apelamos al compromiso en la vida pública hacemos entrar en juego los campos del bien o de la verdad y discernimiento. Raramente hallamos lugar para la dimensión de la belleza, salvo para ilustrar campañas. Sin embargo la belleza es del orden de las mociones más profundas del corazón humano. No es meramente gusto, sensaciones o emotivismo, sino que da forma y habla al corazón. Antes de que seamos capaces de poner palabras o distinguir los valores de algo santo, ya ha sido experimentado en el orden de la belleza. Quizás el compromiso más transformador en la vida pública sea la belleza del gusto por la vida, el placer del bien público, la alegría por las cosas bien hechas, la paz profunda de sentirse hermano de una persona desconocida, el disgusto ante la corrupción, el horror ante la violencia, la vergüenza ante la indecencia de la injusticia. Quien ha incorporado en el hondón de su interior todo este modo de vincularse y apreciar desde la belleza y su contrario —el horror—, simplemente distingue y abraza de modo natural el bien y la verdad en la vida pública. El primer discernimiento sucede en la intuición de la belleza.

Sin duda eso tiene una aplicación en nuestros modos de educar, pero también en la creación del imaginario público a través de las celebraciones de la vida, la creación artística y narrativa, el teatro y las formas en los medios de comunicación, la experiencia estética en nuestras calles y ciudades, el disfrute de la perfección de la naturaleza y sus paisajes, los hábitos de contemplación, lectura, escucha y meditación qué forma en parte de las capacidades y costumbres de la gente común, etc.

¿Cuántos poetas salen de las aulas, comunidades y parroquias cristianas en nuestro país? La belleza forma parte intrínseca de los modos de celebrar y orar de los cristianos desde su primera infancia. Está inscrita en la liturgia, la Sagrada Escritura, los cantos y oraciones, las múltiples voces que escuchamos compartir desde el corazón. ¿Cuántas vocaciones poéticas, artísticas o narrativas habrán sido semillas que quizás podíamos haber hecho germinar? ¿Cuántos poetas, músicos, escritores, dramaturgos, novelistas hay entre nosotros y necesitan el ánimo y caminos para comenzar a dar fruto? Acaso quizás lo que le falta a nuestra vida pública es que encontremos el canto que exprese el anhelo más hondo del corazón del Pueblo y nos haga caminar y danzar de nuevo juntos.

Volvamos a danzar. Avivemos vocaciones y dedicaciones a crear y multiplicar la belleza de la esperanza, creando arte, narraciones y cuidando la liturgia y celebraciones de todo tipo que nos hagan sentir y unirnos todos en el bien y las cosas de verdad. Trabajemos para que la gente adquiera hábitos de contemplación, escucha, meditación, cuidemos los hábitos del espíritu porque de ellos depende la interioridad de la vida pública. Quizás donde los cristianos más debemos trabajar es en ahondar la interioridad del pueblo.

5. Constructores de sociedad civil

Finalmente, todo lo anterior requiere de cuerpo social. La sociedad española es una pirámide con una amplia base social de carácter comunitario y familiar, pero carece del suficiente cuerpo intermedio de organizaciones cívicas que permita comunicar con la cúspide política e institucional. Y eso es una arquitectura insostenible. Los altos procesos públicos carecen de lugar donde ser filtrados y procesados. La política española es una voz pública sin pulmones ciudadanos; jadea sin fuelle. La Fundación FOESSA midió en el año 2009 que había un 29% de personas asociadas en nuestro país, cantidad que diez años después, tras el impacto de la gran estafa global que sufrimos, se había reducido hasta el 19%. Distintas mediciones en países europeos se compadecen con la misma situación: aquella crisis del 2008 hizo desaparecer un tercio del tejido de la sociedad civil.

La debilidad de la sociedad civil española ha sido un mal crónico que ha atravesado nuestros siglos y dificultado el correcto progreso de la democracia y desarrollo de la ciudadanía. En un mundo en el cual el liberalismo le ha dado forma a las relaciones sociales, el hábitat urbano, las identidades y el entretenimiento, nos encontramos con que las fuerzas comunitarias, vecinales, amicales y familiares que caracterizan a las sociedades mediterráneas y latinas no van a ser suficientes para resistir las dinámicas disolutorias y divisivas que conducen a la soledad, la polarización o el deterioro de la salud mental. Van a ser necesarias iniciativas organizadas que proporcionen soporte y resiliencia a las personas y sus comunidades. No basta con la espontaneidad.

Quizás la cultura católica se ha caracterizado demasiadas veces por su pasividad e incluso sometimiento, y la iglesia del siglo XXI llama a una transformación de esa cultura para que seamos más emprendedores, creativos, innovadores y participativos. ¿Qué impacto tendría en la sociedad si toda la red de escuelas cristianas y de profesores cristianos en todo tipo de escuelas promovieran capacidades asociativas en las nuevas generaciones y fomentaran la creación de organizaciones juveniles que trabajen en la recuperación ecológica, la creación cultural, la superación de la soledad, la fraternidad con las personas migrantes o la recuperación de la memoria histórica de las personas mayores ayudándoles a escribir sus biografías?

Allí donde hay un cristiano, debería ser un gran vinculador y promotor de asociacionismo. La contribución de las parroquias, comunidades y centros cristianos al aumento y densidad de la sociedad civil puede tener un impacto decisivo e histórico.

FINAL.

La renaturalización, la gran revinculación, la democracia sinodal, la creación de belleza y la construcción de sociedad civil podrían ser cinco líneas transversales en las que comprometer en comunión a todo el tejido laical para una transformación crucial de la vida pública. Se puede realizar en una escala que impacte en las mayores instituciones públicas, pero también según la escala cotidiana y próxima que haga más densa y profunda la capilaridad de las comunidades ciudadanas en que vivimos. Siempre con la opción preferencial por los pobres como criterio de construcción y comunión, poniendo el corazón en las periferias. Siempre al mundo de Jesús para alabar y servir, alabar sirviendo y servir con la alabanza. Seamos lo que mejor sabemos ser: agentes de impoder en la vida pública.